

HOMBRES-FRONTERA O LA HISTORIA COMO GESTA

por José Enrique Ruiz-Domènec *

El estudio de los hombres-frontera de la Cataluña del siglo XI es uno de esos estudios que sin vacilación conectan la Historia con la Antropología, o lo que es igual, con las investigaciones encaminadas a comprender las formas de vida de la sociedad llamada feudal. La experiencia vital de esos hombres aparece como el denominador común de las situaciones que en ningún otro lugar se dan y para las que los antropólogos han elaborado sólidos marcos de interpretación. No debe importarnos que en los últimos años los debates en el interior de esa disciplina hayan cuestionado algunas metodologías ciertamente ingenuas, cuando no erróneas, a la hora de acercarse a las formas de pensar y de sentir de hombres de culturas diferentes (u opuestas) a la nuestra. Antes de los excelentes trabajos de Clifford Geertz, los antropólogos con frecuencia buscaron explicaciones a las conductas regidas por el «regalo», buscando en ellas el hilo que pudiera explicar comportamientos sociales y sistemas económicos¹.

Georges Duby y Lester K. Little profundizaron en este aspecto de la vida social de los «guerreros» europeos del siglo XI, al igual que Aaron Gurevich y Eleanor Searle lo hicieron para la civilización normanda². En Geertz, este problema se vuelve un objetivo

* Universitat Autònoma de Barcelona.

¹ En la línea de Marcel Mauss, *Sociologie et Anthropologie*. Paris. PUF. 1971. En esa línea ver para la sociedad del siglo XI el libro de Stephen D. White, *Custom, Kinship, and Gifts to Saint*. Chapel Hill & Londres. The University of North Carolina Press. 1988.

² G. Duby, *Guerriers et paysans*. Paris. 1973. Lester K. Little, *Religious Poverty and the Profit Economy in Medieval Europe*. Ithaca. 1978. A. Gurevich, *Historical Anthropology of the Middle Ages*. Londres. Polity Press. 1992. E. Searle, *Predatory Kinship and the Creation of Norman Power, 840-1066*. Berkeley. Los Angeles. University of California Pres. 1988.

fundamental de todos sus trabajos. La pregunta clave (la pregunta que sin duda transforma los modos de percibir la conducta de pueblos «diferentes» al nuestro) fue la siguiente: «Si hemos de asumir -como en mi opinión debemos hacer, escribió Geertz en cierta ocasión- la exigencia de ver las cosas desde el punto de vista del nativo, ¿qué ocurre cuando ya no podemos pretender una forma única de proximidad psicológica, una suerte de indentificación transcultural con nuestro objeto? ¿Qué le sucede al *Verstehen* cuando el *Einfühlen* desaparece?»³. Este problema ha fomentado la discusión metodológica en la antropología desde hace más de veinte años, cosa que el propio Geertz se apresura a sostener. No tengo la intención de seguir ese bello debate, ni siquiera de abreviarlo.

Baste indicar que yo mismo me sentí preso del debate cuando, en 1984, analicé el comportamiento de un noble feudal tal como aparece recogido en una célebre *Chanson de Geste* del siglo XII, el *Raoul de Cambrai*⁴. Me di cuenta nada más comenzar el estudio que las interpretaciones sobre este personaje eran falsas, sino forzadas, porque se hablaba de alegorías o cosas así, cuando el poeta se había dedicado a mostrar situaciones concretas de la vida humana de un noble feudal, demostrándose además que la *privacy* de los feudales podía ser descrita mediante un vocabulario épico⁵.

Plantear la cuestión de los hombres-frontera del siglo XI, con la intención de percibir mejor las elaboraciones llevadas a cabo en el siglo XII, significa comprender el punto de vista de esos hombres formados en la cultura feudal, como si se tratase del «punto de vista del nativo» del que habla la antropología. Los hombres-frontera son en efecto «nuestros nativos». El esfuerzo no consiste en comprender una cultura situada en un espacio diferente al nuestro, sino en comprender una cultura situada en un tiempo diferente al nuestro. Esto no es «relativismo cultural» o cosa parecida: es sencillamente que el principio positivista de una cultura sin cambio alguno no responde a la auténtica realidad de la Historia europea. En efecto, estos hombres-frontera son nuestros antepasados; son aún mucho más que eso: son nuestros «abuelos», es decir, aquellos que comenzaron una larga aventura que perdura aún hoy. En algunos casos, incluso existen descendientes directos de ellos, a través de complejos entramados

³ C. Geertz, *Local knowledge. Further essays in interpretative anthropology*. Londres, Basic, 1983. (trad. Barcelona, Paidós, 1994, pp. 73 ss.)

⁴ J.E. Ruiz Domenenc, *Raoul de Cambrai. Reflexión sobre el desamor en la época feudal*. Bellaterra, Universidad Autónoma de Barcelona, 1984

⁵ Así lo vio François Denis, *Barons et Chevaliers dans Raoul de Cambrai, autopsie d'un phénomène de glissement*. Nueva York, Peter Lang, 1989, pp. 194 ss.

genealógicos, que llevan a muchos nombres actuales a percibir el comienzo de su familia o linaje en los hombres del siglo XI.

Pero, si la herencia es evidente, también lo es que las formas de pensar y de sentir, la *Erlebnis* de la que hablaba Wilhelm Dilthey, era muy diferente a la nuestra en el día de hoy. Eso legitima el estudio de la Historia, y que ese estudio se lleve a cabo por profesionales, y no por aficionados. Estas consideraciones (que desde luego no son más que un breve apunte) buscan el modo como el propio Geertz afronta la diferencia cultural de las sociedades por él estudiadas, asumiendo sus interrogantes fundamentales y reconociendo que no existe otro modo de interpretar el pasado al margen del círculo hermenéutico que, como muy bien señala Geertz: «es una estrategia fundamental para la penetración en los modos de pensamiento de otros pueblos como lo es para la interpretación literaria, histórica, filológica, psicoanalítica o bíblica».⁶

Esta tesis exige, sin embargo, una puntualización. El apelativo hombres-frontera no es una noción antropológica: aparece más bien en las reflexiones de los geógrafos sobre el mundo entendido como *arena* de los acontecimientos⁷. Se ha tratado de aplicar a otros períodos históricos con el fin de comprender los procesos de encuentro de culturas y los fenómenos de «aculturación», que dan origen a una rica literatura⁸. Pero, en el siglo XI, no se encuentra casi nada de lo que constituye esa poética de la frontera; hay que esperar al siglo XII para encontrar textos que hablen de ese mundo y de los individuos que formaron parte de él. Pero esta precisión no anula la pregunta: ¿cómo es posible que un movimiento social de tanta envergadura no diera lugar a una literatura adecuada hasta pasados más de cien años, y cómo es posible que una vez creadas las formas literarias no dejaran de escribirse obras sobre ese mundo durante siglos? ¿Significa acaso esto que la vivencia de los hombres-frontera del siglo XI se alcanzó a comprender cuando su mundo vital ya había desaparecido?

En la historia del siglo XII hay una cierta preocupación por afrontar el mundo de la frontera y el de sus protagonistas. La mayoría de los relatos profundizan en el escenario de ese proceso cultural. Las *chansons de geste* son la hipérbole dramática de este estado de ánimo,

⁶ Geertz. op. cit. p. 89.

⁷ El problema puede seguirse en el excelente libro de Anne Buttimer. *Geography and the Human Spirit*. Baltimore & Londres. The Johns Hopkins University Press, 1993 (con prólogo de Yi-Fu Tuan), pp.177 ss.

⁸ El mejor acercamiento es sin duda el de François Hartog. *Mémoire d'Ulysse. Récits sur la frontière en Grèce ancienne*. Paris, Gallimard, 1996.

por eso están tan cerca de la literatura narrativa e histórica⁹. El motivo puede obedecer, como se ha dicho recientemente, porque el nacimiento del Estado exige una mitología proveniente de leyendas ya conocidas, incluso debatidas, en el interior de los círculos aristocráticos¹⁰. Mitos como el de Roland y Roncesvalles crean el ambiente necesario para una mejor comprensión del mundo de la frontera que, sin embargo, se consigue gracias a ese personaje inquietante llamado Guillaume, al que se le dedica la más hermosa *chanson de geste* sobre la frontera¹¹.

Mi intención se limitará a hablar aquí, en primer lugar, de los hombres-frontera de Cataluña en el siglo XI, haciendo especial hincapié en el choque entre Berenguer Ramon II, conde de Barcelona (1079-1089), y Rodrigo Díaz de Vivar, conocido en su tiempo como «el Campeador» o «el Cid». El segundo objetivo consistirá en analizar como ese choque entre los hombres-frontera de Cataluña y el Cid se manifiesta en la escritura de la Historia en el siglo XII, es decir, cien años después de haberse producido los hechos.

I. Los hombres-frontera de la Cataluña del siglo XI

Los documentos catalanes del siglo XI evocan el mundo de la frontera con cierta nitidez, a pesar de ser documentos de carácter jurídico, como las *convenientiae* o los *sacramentalia*, cuyo elevado número nos permite seguir algunos casos ciertamente relevantes. Hacia mediados de ese siglo, la política de Ramon Berenguer I conde de Barcelona (1031-1076) alcanza su apogeo¹². Los nobles de la frontera percibieron el lado *negativo* de esas acciones de gobierno: no aceptaron las reformas condales porque la concepción del poder en las que se basaban no formaba parte de ellos, era totalmente ajena a sus guerras, diversiones y sueños. La memoria feudal mira al pasado y no registra nada de los nuevos tiempos que se avecinan.

⁹ G. Duby. «Remarques sur la littérature généalogique en France aux XI^e et XII^e siècles». en *Hommes et Structures du Moyen Age*. Paris, 1973, pp. 287-299. G. M. Spiegel. *The Past as Text. The Theory and Practice of Medieval Historiography*. Baltimore & Londres. The Johns Hopkins University Press, 1997.

¹⁰ Peter Haidu. *The Subject of Violence. The Song of Roland and the Birth of the State*. Bloomington and Indianapolis, Indiana University Press, 1993.

¹¹ J.E. Ruiz Domènec. «La Chanson de Guillaume: relato de frontera», en *Medioevo Romanzo*. XXI, 1997, 496-506.

¹² Sígase en el libro de Santiago Sobrequés i Vidal. *Els grans comtes de Barcelona*. Barcelona, Vicens Vives, 1961.

La memoria: el modo de pensar de la aristocracia feudal; y quien dice modo de pensar dice con ello: capacidad de olvidar y de recordar¹³. Aquí se construye el sistema de valores de los jóvenes: a todos ellos les cuesta comprender el mundo fuera de la familia. Por eso buscan al padre, o al *senior* del linaje, para que les explique como es el mundo, y qué deben esperar de él. Fingen no saberlo porque creen que con esa actitud facilitan la tarea educativa. Desgraciadamente, los años de adolescencia apenas han dejado huella en la documentación.

Los hombres peleaban los largos días de primavera en la marca meridional, sin arcos ni ballestas, sólo con armas nobles. Nadie quería sangre, aunque a veces la hubiera. Esas peleas no se parecían a las guerras de los reyes. Las acciones de pillaje siempre atraían grandes gentíos y provocaban fuertes rivalidades entre las familias de la aristocrática. El aburrimiento era el gran asesino. Ni trabajo, ni viajes. Diez hombres (a veces doce, pero nunca más) por escuadrón, jornadas agotadoras tiendas de mala tela, una expedición al año y ni siquiera a lugares exóticos sino a las aldeas de la frontera, crudos inviernos y neblinosos veranos. El acontecimiento más emocionante es que alguien consiguiera un rico botín y eso no era nada habitual. La esperanza de conseguirlo facilitaba sin embargo el tránsito invernal: ese tedioso período de tiempo donde los adolescentes entusiasmados escuchaban el relato de alguna expedición por tierras musulmanas por parte de algún pariente. Ajenos a cualquier otra forma de vida, esos recuerdos formaban la única memoria de los muchachos de la frontera sur de Cataluña.

Tiempo atrás en ese círculo tuvieron lugar brillantes campañas militares. Fueron los años de la expedición a Córdoba en 1010 por parte de los condes Ramon Borrell de Barcelona y Ermengol d' Urgell. Pero eso era ya un lejano recuerdo. A mediados del siglo XI, sólo se libraban algunas expediciones de castigo a las poblaciones de la frontera conocidas con el nombre de *cavalgatas*, aunque los muchachos las preferían a las agotadoras patrullas por el territorio que denominaban *hostes*. Una vida llena de rutinas, sin apenas diversión, donde la violencia estaba a flor de piel y, a veces, emergía en actos de enorme crueldad. No son raras las acusaciones ante los tribunales de justicia de alguien que ha visto como unos hombres armados le cortaban la cabeza a un miembro de su familia. Tampoco son raras las quejas de algunos campesinos maltratados o violadas sus mujeres.

¹³ J.E. Ruiz Domènec, *La memoria dei feudali*. Napoli, Guida, 1992. Patrick J. Geary, *La mémoire et l'oubli à la fin du premier millénaire*. Paris, Aubier, 1996.

Ese era el mundo de los hombres-frontera de Cataluña en el siglo XI, donde las aspiraciones personales se subordinaban a las obligaciones del linaje. Las «categorías mentales», para hablar como Aaron Gurevich, de la mayor parte de ellos nos resultan comprensibles si conseguimos entender de que modo la aristocracia interpretaba la existencia como una lucha contra una naturaleza hostil, salvaje.

Los *castellani* y los *milites*, domésticos de los *domini et seniores*, solían acompañarles en esas expediciones de pillaje. Se casaban una sola vez, algo común en su círculo social frente a la hipergamia de la alta aristocracia¹⁴. Las esposas procedían de cunas más elevada, según las costumbres de aquellos años. Algunas de ellas tenían lazos de parentesco con los nobles de la región. Pero ese siempre es difícil de conocer, pues la vida de las mujeres catalanas del siglo XI permanece aún en la oscuridad, salvo quizás el de algunas condesas del Pallars: unas damas tan orgullosas de su mecenazgo artístico como de su actividad política.

Todos los hombres-frontera actuaban de la misma forma, pues nadie es ajeno al sistema de valores de su época ni a los principios que rigen su clase social. ¿Cómo denominar esa clase? ¿Señores feudales? No me lo parece. ¿Nobleza? Podría hablarse de ella si lo que guiase al padre fuesen sólo obligaciones hacia el linaje. Pero existen otras muchas cosas. Todos ellos sin embargo tenían un denominador común: articulaban su vida mediante categorías ontológicas: lucha, pillaje, diversión, fiesta u oblación. Esto es lo que le da a su figura un carácter cercano al estudiado por los antropólogos modernos. La frontera se sitúa en el centro de su vida, en ella y desde ella se descifra el mundo. La convicción de estos hombres de estar situados entre dos culturas (la cristiana y la islámica) determina un *pathos* agónico hacia el mundo musulmán.

Conocemos algunos casos concretos, de hombres-frontera que acudieron puntualmente a alguna expedición contra las «rabitas» del Ebro, como ese individuo cuyo testamento refleja de qué modo *fuit interfectus a sarracenis in civitate Tortuosa cum filio suo et hominibus suis*¹⁵. Ese tipo de desastres, poco habitual sin embargo, legitimaba aun más, si eso era posible, la postura reformista de Ramon Berenguer I, conde de Barcelona. Esta observación se me antoja importante, y en más de un sentido: es erróneo creer que el sistema feudal no acusó transformaciones a lo largo de su historia.

¹⁴ Sígase todo este asunto en Martin Aurell, *Les noces du comte. Mariage et pouvoir en Catalogne (785-1213)*. Paris, Publications de la Sorbonne, 1995.

¹⁵ F. Carreras i Candí, *Lo Montjuich de Barcelona* en «Memorias de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona». VIII, 1903, pp. 199-450; doc. XXVIII

La crisis del 1059 ofrece la primera manifestación clara del cambio político auspiciado por el conde de Barcelona. Ramón Berenguer I sitúa la ley y el orden en el centro de su acción política, convirtiendo la riqueza procedente del saqueo en el fundamento de la sociedad. La «relevancia significativa» de la *potestas*, para hablar como Hans Blumenberg, es la mejor forma de controlar a la aristocracia feudal, acusada en más de una ocasión de ser la causante del desorden político.

La roturación de tierras se extendió por todas partes, colándose con la facilidad de las ambiciones sociales. En los bosques, ahogando bajo su estruendo el ruido de las *cavalgatas* caballerescas, sonaban las hachas que talaban los árboles. En los sembrados, para pasmo de los viejos agricultores, se empezaba a forjar una tercera hoja. Legumbres y leguminosas, recién descubiertas, se zambullían en el caballón. Los animales salvajes retrocedían cada vez más hacia el interior. La presión señorial cambió el paisaje. No había modo de distinguir la condición social de los campesinos. Todo el mundo andaba roturando tierras, quemando maleza, talando árboles y buscando el modo de mejorar su nivel de vida. Y desde lejos llegaba el ruido de las Taifas musulmanas resquebrajándose cada vez más y precipitándose estrepitosamente en la anarquía.

Fue entonces cuando la «cultura of agreement», como la define Adam J. Kosto, surgió para controlar el crecimiento de la economía rural¹⁶. Eso fue una auténtica revolución política. Las *convenientiae* son utilizadas cada vez más por casi todos los sectores sociales. La vulgarización de esa práctica jurídica, que unos años antes tan solo era patrimonio de las grandes familias condales, hizo realidad el viejo sueño de la articulación del territorio al modo feudal. Por ese motivo se construyeron castillos de piedra que facilitaban enormemente la defensa del territorio a los ataques musulmanes¹⁷. El afán constructivo se extendió por todos lados de forma decidida, buscando nuevos emplazamientos en aquellas tierras yermas que estaban *in extremis finibus Marchia iuxta Hispaniam*¹⁸. La frontera cambió por completo.

Además por aquellos años llegaron los monjes de Cluny. Primero un goteo y después todo un río. Las maneras de hacer la guerra se vieron afectadas por su presencia. Se comenzó a hablar de

¹⁶ Adam J. Kosto, *Making and Keeping Agreements in Medieval Catalonia, 1000-1200*. Cambridge, Mass., Harvard University, 1996.

¹⁷ Archivo de la Corona de Aragón (en adelante ACA), pergamino Ramón Berenguer I núm. 218 dupl; ed. *Liber Feudorum Maior*, ed. Miquel Rosell, Barcelona, 1949 (en adelante LFM) doc. 171.

¹⁸ ACA, perg. Ramón Berenguer I núm. (ed. LFM, doc. 152).

cruzada contra el Islam, un modo religioso de entender el conflicto. En el verano de 1064 una expedición militar se dirigió hacia la ciudadela musulmana de Barbastro. Unos meses antes el papa Alejandro II había concedido la remisión de los pecados a todos los que acudieran allí. Las rutas estaban tan llenas que se caminaba con dificultad. Normandos como Robert Crespín y Guillaume de Montreuil destacaron entre la multitud congregada en las cercanías del castillo de Graus, donde un año antes había muerto el rey Ramiro I de Aragón. El obispo de Vic y Ermengol III, conde de Urgell, se unieron a ellos. A cada uno le llevaba una razón diferente, pero todos querían lo mismo. Al cabo de unos días (cuarenta según los cronistas de la época) tomaron la ciudad y vieron ante sí una inmensa riqueza, como correspondía a una fortaleza de la frontera.

Las descripciones de las tropelías y el saqueo realizadas por el historiador cordobés Ibn Haiyân parecen más un ejercicio de retórica clásica que un verdadero recuento de las acciones. No nos puede extrañar esa forma de narrar los acontecimientos.

Ibn Haiyân dijo¹⁹: el asalto a Barbastro fue un verdadero desastre. Los cristianos mataron a todos sus habitantes, que eran más de seis mil, sin respetar mujeres ni niños. La tortura hizo su aparición con el fin de buscar los tesoros ocultos. El eco de esa conquista se extendió por toda la Cristiandad. Llegó a París y a Roma: la gente comenzó pronto a hablar de aquella tierra de frontera como de un lugar de riqueza. Los nobles feudales acudirán por docenas a nuevas llamadas de los monjes. Toda Europa se benefició de ello.

Lo que los monjes nunca consiguieron hacer con la frontera, la llegada de Rodrigo Díaz de Vivar consiguió hacerlo en poco tiempo. Este enigmático exiliado castellano buscó fortuna en tierras catalanas. Contempló, estupefacto, el enfrentamiento político entre Ramon Berenguer II «Cap d' Estopes» y su hermano gemelo Berenguer Ramon II, que se parecía bastante al que, en Castilla, había protagonizado el rey Alfonso VI con Sancho II el Fuerte. La escena tuvo lugar probablemente en Barcelona, hacia 1080. Dos años después, el Cid derrotaba a Berenguer Ramon II en Almenar, una ciudadela musulmana cercana a Zaragoza. Luego, la crisis estalló con virulencia. A finales de ese año, en diciembre, Berenguer Ramon II asesinó (o mandó asesinar) a su hermano. Los nobles catalanes se reunieron en asambleas con el fin de poner orden en un territorio castigado, mientras el Cid se hacía dueño de toda la región.

¹⁹ R. Dozy. *Recherches sur l'histoire et la littérature de l'Espagne pendant le Moyen Age*. Paris. 1881. vol. II, pp. 339 ss.

A finales de 1088, Berenguer Ramon II decide enfrentarse de nuevo con Rodrigo Díaz; esta vez en tierras levantinas, en las montañas de Castellón. Las cosas no le iban nada bien, por lo que decidió pedir ayuda (*auxilium*) a los nobles catalanes. A finales de junio de 1089, Bernat Guillem de Queralt y sus mejores hombres llegaron al campamento que el conde Berenguer Ramón II había instalado cerca de Calamocho.

El escenario no podemos conocerlo más que con un esfuerzo de imaginación. ¿Expreso con ello nuestra permanente dependencia con las crónicas posteriores que recrearon esa campaña? ¿O esto parece así sólo porque los documentos que tengo en mi poder sienten recelo de estos temas? El poeta es el único que habla sobre las jornadas en la sierra de Albarracín: registra cada una de las actuaciones, orientando su *poiésis* a la comprensión de los motivos que impulsaron a tantos hombres a congregarse en ese lugar.

II. Las *Gesta Roderici*: una historia del siglo XII sobre los hombres-frontera del siglo XI

En efecto, los documentos de archivo hablan poco sobre tales jornadas. No forman parte de sus objetivos. Eso deja confundido a más de un erudito. ¿Dónde se encuentra la información de este famoso encuentro militar entre Berenguer Ramón II y Rodrigo Díaz. Lo que sabemos, repito, procede de la literatura. No solo del *Cantar*, sino de otras obras que lo precedieron. La más atenta a los sucesos de Tévar fue un largo relato narrativo que unos editores califican de *Historia Roderici* y otros de *Gesta Roderici*. Un códice de finales del siglo XII contiene el texto²⁰.

La obra se presenta como una «gesta», pero también como una «estoria». Su autor comparte la preocupación que, en el siglo XII, se manifestaba por estos hechos llenos de colorido, y cuya escenificación servía para crear la identidad de un héroe. La base inicial son los recuerdos de algunos protagonistas de los hechos, pero a ese núcleo se le añade de inmediato testimonios escritos, que exigen ser escrupulosamente analizados mediante un criterio que hoy nos parece falto de rigor pero que en su tiempo fue el único modo de hacer historia. La imaginación del autor desde luego «rellena» algunos hechos sobresalientes, y los carga de la ideología de la época en que fueron escritos. La materia de esa *Historia* sobre Rodrigo no fue, por

²⁰ Edición. R. Menéndez Pidal, *La España del Cid*. Madrid, 1929 (vol II, pp. 921-971)

tanto, enteramente sacada de la memoria y transmitida por vía oral, en algún momento el autor tuvo acceso a documentos concretos, por ejemplo, las cartas que se cruzaron el conde Berenguer Ramón II y el Cid, cuya veracidad ha sido cuestionada por algunos eruditos, aunque a mí me parece posible que hubieran existido, pues tenemos pruebas de que durante esos años se escribieron cartas de ese tipo.

Observemos la escena: el conde de Barcelona lleva varias semanas en la montaña de Albarracín, en un lugar llamado Calamocha. Presiente que la batalla se acerca. Mueve a sus hombres de confianza, a sus *conmitones*: un concepto bastante utilizado en los talleres donde en el siglo XII se escribía la Historia. El poeta prepara así la batalla, que valora como el acontecimiento capital de la vida de Rodrigo Díaz, el héroe destinado al triunfo. Nos encontramos en el punto culminante de la acción dramática, pero también es el punto culminante de ese «suceso» tal como sospechamos que debió de ocurrir. Se representa el momento. Dos contendientes frente a frente: un duelo epistolar. El autor se esforzó en imitar las cartas que los nobles catalanes solían escribir por entonces²¹.

De aceptar el contenido de la *Historia*, la carta original del conde Berenguer Ramón había sido pensada como un reto, y de ese modo debe entenderse. Por eso el conde estaba tan feliz de que hubiera testigos que confirmaran su malhumor por el proceder de Rodrigo Díaz: era su coartada para ajustar viejas rencillas, por ejemplo, el dinero que le había robado en otra ocasión (quizás en la jornada de Almenar de 1082): unas rencillas que ese día se convirtieron en auténticas *injurias*. Berenguer Ramón mira el escenario que tiene ante sí y entonces reta a Rodrigo. ¿Cómo hacerlo? Está claro que el autor necesita situar a su héroe ante una encrucijada imposible de evitar: Berenguer le exige que baje al llano y se enfrente a él en batalla campal, casi como si de un juicio de Dios se tratara. En caso contrario le tendría pro *alevoso*, *bauzador* y *fraudator*.

Estas son palabras muy fuertes. No creo que las dijera el conde Berenguer Ramón II. Son más bien cosecha del poeta. Tienen una intencionalidad bastante clara: desencadenan el drama. Pues, como era previsible, Rodrigo Díaz decide contestar. Comienza confesando que alguien le leyó la carta (estaba claro que no sabía leer), y una vez hecho, ratifica sus acusaciones, no rehuye la batalla e invita a sus adversarios a que acudían a un lugar fijado de antemano. La *Historia* consigue lo que se había propuesto: tener a ambos contendientes frente a frente en la pineda de Tévar.

²¹ Ed. cit. p. 944-945.

Rodrigo contra Berenguer y sus hombres; todos llenos de ira. ¿Qué intención tenía el poeta al buscar la unanimidad del «otro bando»? Es difícil comprender que la prudencia, el recuerdo de Almenar, u otro hecho acaecido, no se hiciera presente en ese momento. Alguien debió elevar la voz, y el conde Berenguer Ramón II no se le pensó más, avanzó la tropa hacia la pineda.

La descripción de la batalla tiene un artificio de estilo que encontramos en todas las obras de ese género: modo de comenzar el encuentro, identificación de los protagonistas, en especial de los vencidos, exaltación de las hazañas (es decir, de las gestas) del héroe principal del relato. Así se relató la batalla de Tévar.

Situar un suceso de finales del siglo XI en el mundo de la acción política del Estado donde se escribe la historia en el siglo XII, donde la gran aventura consiste en fijar el papel del rey (o del conde), es algo que parece contrario a la esencia misma de la poesía épica. De ahí la pregunta: ¿cómo consiguió el autor de la *Historia Roderici* transformar esa grisácea materia de intrigas en una proclama en favor del Estado?

Esa es una cuestión verdaderamente importante, que sin embargo deberá dejar para una ulterior ocasión.

